

Plaza pública

para la edición del 4 de julio de 1996

Tomás Peñaloza Webb

Miguel Ángel Granados Chapa

La semana pasada dos profesionales jóvenes, hermanos ellos, egresado uno de la carrera de sicología de la Universidad Iberoamericana, y profesor en ella durante un tiempo; y otro contador que cursó estudios en la universidad del Tepeyac, fueron detenidos por haber secuestrado a una joven en noviembre pasado, e intentado repetir su triste y ruin hazaña con otra víctima.

Uno de ellos, al ser capturado, reconoció que había destrozado para siempre su vida, impulsado por un móvil propio de trepadores de la pirámide: mantener un nivel de consumo del que se precia, fundado en el crédito bancario que ya no puede pagar. A partir del "error de diciembre" (así lo dijo el presunto delincuente), no pudo ya sostener por la buena su tren de vida, e ideó un modo fácil y no riesgoso de hacerse de dinero. Una personalidad débil como esa ha sucumbido a la presión social del parecer, a la tentación de que "no se note la pobreza". Ha sido, en fin, víctima de la codicia, que se impone a la frágil moralidad surgida de una educación rutinaria, más gestual que interior.

He vuelto a traer a mi cabeza esa trivial reflexión al conocer la noticia de que Tomás Peñaloza Webb ha sido acusado de infligir un daño patrimonial al Instituto Mexicano del Seguro Social, del que era tesorero

general. Guardadas las distancias que hay de un delito violento a otro que no lo es, ¿se trata de un mecanismo semejante, de ruptura de un patrón de conducta sostenido largamente, en que se flaquea y se incurre en la debilidad de ganar mucho dinero y pronto, indebidamente? Se trata de un caso en que los signos exteriores conducen a concluir que el acusado no pertenece al rango de quienes defraudan o abusan de la confianza que una institución deposita en ellos, los típicos delitos de cuello blanco.

Quizá mi suposición es ingenua, pues se basa sólo en la subjetividad, en la lectura de dos libros recientes de Peñaloza Webb, dedicados al examen de la economía mexicana reciente. Al tenerlos presentes, me parece imposible que, salvo un caso de esquizofrenia aguda, coexistan en una persona la tensión intelectual y ética requerida para preparar las obras a que me refiero enseguida, y el cálculo requerido para realizar las operaciones financieras y bursátiles que, según la acusación formal que pesa sobre él, ejecutó aprovechando el cargo que le permitía tener acceso a las cuotas de la seguridad social. Y ya que me refiero a esa circunstancia, pienso en que podría tratarse de un montaje. Sería monstruoso que, siendo inocente, se le inventaran responsabilidades para desprestigiar al IMSS, que a su tiempo actuara como una administradora de fondos de retiro, a fin de desalentar a sus eventuales usuarios, y todavía impedir que maneje esos recursos que se esperan cuantiosos. Por desgracia, no sería la primera vez que se encarcela a personas que no la deben

ni la temen, con fines inconfesables. Por lo pronto, ya es un mal indicio que se le tenga por acusado y sin embargo no se solicite orden de aprehensión en su contra, sino sólo se pida su arraigo.

Peñaloza Webb estudió economía en la Universidad de Maryland, y luego los continuó hasta doctorarse en la de Georgetown y en la de York, en Inglaterra. Ha sido profesor tanto en Georgetown como en el Instituto Tecnológico Autónomo de México. En el servicio público su desempeño lo mantuvo durante largo tiempo cerca del embajador José Juan de Olloqui, a quien acompañó como consejero en la embajada mexicana en Washington y como ministro consejero en la de Londres, antes de ser director adjunto de Banca Serfín.

Con su hermano Miguel, Tomás Peñaloza Webb escribió el año pasado un libro titulado *¡Crisis 95!* (Una explicación clara del problema y cómo superarlo), publicado por McGraw Hill, y obviamente referido a la devaluación de diciembre de 1994 y sus terribles secuelas. Lo dedicaron "a este México que todos deseamos, y particularmente a quienes representan su promisorio futuro, en nuestro caso a Cherie, Alfonsina, Miguel, Fernanda y Alejandra". En su prólogo añadieron que "a través de las largas pláticas que sostuvimos durante la elaboración de este manuscrito, se nos ocurrió que de esa tragedia podía surgir la oportunidad para resolver el problema económico de fondo (la brecha ahorro-inversión) y adoptar otras medidas para que el costo de esta crisis no fuera en vano, sino que fuera una inversión hacia un futuro mejor; para tener un país que

brinde mayor justicia, equidad, seguridad y bienestar a todos sus habitantes; ese México que todos anhelamos y del que todos podamos sentir orgullo".

Peñaloza Webb sostiene en este libro que la solución del problema económico estructural de México estriba en activar las exportaciones y el ahorro interno: "Ello requiere de una política industrial, crediticia y comercial (de promoción y fomento) que logre la transformación de la economía mexicana, de una economía deficitaria en su comercio exterior, a una economía superavitaria que tenga en la exportación de bienes y servicios una fuente generadora de empleos y de divisas".

Más recientemente, apenas en abril de este año, Peñaloza Webb publicó, en compañía de Celso Garrido, otro libro, este sobre un tema de gran importancia y actualidad: *Ahorro y sistema financiero mexicano*. En su concienzudo análisis, los dos investigadores (que trabajaron en el marco de un programa organizado por la UAM y la Fundación Hewett) precisan los defectos de la banca, cuya productividad es muy baja mientras que es muy alta su rentabilidad, sobre todo por la anchura del margen financiero, y es magra su contribución al desarrollo. Por eso, Garrido y Peñaloza Webb concluyen que "entre planificación crediticia por el Estado, y una acción absolutamente libre de los mercados bancarios, existen múltiples opciones que deben considerarse, dadas las imperfecciones de dichos mercados y los efectos adversos que ellos provocan en la economía".